

Tres días de campo

(Trabajo leído en el Ateneo C. L. y A. de Mahón, el día 11 de Diciembre de 1919.)

I

La excursión

PARA buscar descanso después de una temporada algo movida, decidí pasar tres días de verano en el campo menorquín.

Fué donde pude, pues no me era dado elegir el sitio de mi breve reposo y allá... a la falda del Monte Toro me dispuse a encaminarme.

Primero hube de hacer examen de los medios de locomoción que tenía a mi alcance, ya que no me era dado emplear ninguno propio por no serme permitida semejante satisfacción.

El auto-correo era sin duda el más rápido, pero la hora de salida no podía ser más intempestiva: las 7 y media de la mañana. Solo una necesidad urgente podía justificar este madrugón.

Los coches parten oficialmente a las cuatro de la tarde y el precio del pasaje es menor que en el auto. Desechado el auto había de transigir con el coche y al coche subí a las cuatro en punto, hora que aunque señalada oficialmente, no fué la de salida. Ocurre en estos vehículos que todo se hace familiarmente; se espera a los viajeros, se les acondiciona buenamente de modo que encajen los unos en los otros según su corpulencia y se acomodan las paradas a las conveniencias de los pasajeros y del conductor. Durante la marcha la caja del coche se balancea y da a veces la sensación de barco, que aquí no se aparta de nosotros ni aun en las excursiones terrestres. Y lo más extraordinario es la capacidad del carruaje, verda-

dero prodigio de elasticidad. Diecisiete personas, nos acomodábamos con toda incomodidad en aquella caja con ruedas. Tres en el pescante, tres en la delantera, ocho en el interior, dos en el imperial y una... en el estribo. En obsequio de la última, la portezuela iba abierta.

Cuando el movimiento lateral era algo violento los codos de los viajeros obraban de cuña en las carnes de sus vecinos, el pasajero del estribo se mareaba y las mujeres lanzaban una exclamación mitad queja, mitad súplica. Pero no pasaba nada, al cabo de unas horas y varias paradas, llegábamos sanos y salvos al punto de nuestro destino. Empezaba el descanso, si bien yo estaba molido... molido porque mis piernas se habían visto encojidas vertical y lateralmente, molido porque los accidentes *anormales* de la carretera me habían hecho dar algunos saltos en el asiento, molido porque los compañeros de viaje me habían hecho sentir el peso de su corpulencia, molido, en fin, porque el trayecto había resultado muy largo, muy largo.

Yo no sé hasta que punto están reglamentadas estas conducciones, pero si lo están bien, de fijo que no será para que se efectuen de la expuesta manera. De fijo, que no tolerarán personas en el imperial, a modo de fardos, cuando no sentadas en el borde y dando con las piernas en la cabeza del infeliz viajero que se pone a tiro del movimiento pendular de aquellas. De fijo, que no permitirán pasajeros en el estribo, con la puerta abierta y acuñados entre las pantorrillas de las personas de ambos sexos que, para una ilusión de comodidad, tuvieron la *infeliz* idea de buscar asiento junto a la portezuela de salida. De fijo, que no tolerarán, que el interior del coche tenga una cabida proporcional a las circunstancias merced a la cual la impenetrabilidad resulta vulnerada, pues se demuestra como en el sitio de seis personas pueden caber ocho, sino cómoda, resignadamente.

Estas ocho personas adquieren entre si cierta familiaridad durante el viaje, pues este es tan largo que dá tiempo a ello. Pero muchas veces esa familiaridad se declara establecida de

antemano y haciendo uso de la confianza que la caracteriza, hay pasajero que resuelve acudir al coche con media hora de retraso y no solo se le espera sino que se le rie la gracia, como la como cosa más ingeniosa que se le puede ocurrir a un hombre o a una mujer. Y es que atrasan la tortura de los demás pasajeros, lo cual es digno de gratitud...

Por fin llegamos, no sin antes haber visto por el camino algunas lápidas recordatorias de sensibles desgracias. Aquí, un pobre ciclista murió por haberse roto la cabeza contra una pared; allá un carretero murió al caer y quedar debajo de su carro; más lejos, un caminante fué víctima de un accidente... Como si no fuera bastante llevar el cuerpo encogido, la piedad local se cuida de encogernos el ánimo. Ya no sé si voy a descansar o voy a meditar; ya no sé si voy a restaurar fuerzas con el reposo o voy a curarme alguna dolencia por medio del masaje.

Repito que llegamos sanos y salvos, pero molidos. No hay cosa más grata qué una llegada, cuando le esperan a uno seres queridos. Y más grata todavía cuando uno lleva mucho rato deseándola. Pero al punto se notan algunos fenómenos locomotivos, pues las piernas se resisten a obedecer, perdida como tienen la costumbre de mantenerse rígidas y, a menudo, la cabeza se niega a dirigir porque el sol, el calor y el polvo la han puesto fuera de regiones serenas. Y sin embargo, volvemos a decir, que la llegada es agradable, tanto, que vale la pena repetir el viaje para tener la satisfacción de volver a llegar.

II

Cuatro palabras sobre el panorama

Aunque parezca paradójica, en el centro de esta Isla casi llana, el paisaje es esencialmente montañoso; tan montañoso que en muchas ocasiones apenas ofrece visualidad. El horizon-

te queda recortado a poca distancia del observador y si en el espacio dominado no hay árboles, ni hay arroyos, ni hay alturas regulares ni accidentes en fin que llamen la atención, la monotonía es tan grande como pequeño el sitio en que se siente. El observador se limita a estudiar las formas adoptadas por las alturas para recortar el cielo. Yo he notado una preferencia singular por las de sierra, las de perfil humano y las de silla de montar. En cambio, cuando los pinos o las encinas, cubren el suelo el espacio divisado es una soberbia mancha verde. Y si, además, nos hemos elevado algo hacia la cima de una alturita y vemos como el mar bordea el cuadro, la ilusión de turista es completa. Hay en la isla una variedad grande de panoramas tanta como la nomenclatura de las casas de campo; allá al frente de la nuestra, en dirección al Este, una lleva nombre que parece de procedencia mejicana, más allá en la misma dirección otra conserva un nombre árabe, siguiendo más adelante se bautiza una casa con el diminutivo del nombre de una santa; al Norte hay un nombre químico y otro religioso, y al Oeste un nombre muy del país y otro que nace de los accidentes del terreno; la heterogeneidad es amena y si el panorama es monótono la nomenclatura nos ofrece la variación en que, según dicho vulgar, estriba el gusto... Y he ahí como la imaginación cuando no es acuciada por los encantos naturales, empieza a obrar impelida por una cosa tan artificial como el nombre. ¿Será realmente mejicano el apelativo del predio de enfrente? Dado por cierto que así sea, ¿a que obedecerá esa denominación? Acaso la fundó un antepasado enriquecido en Méjico? Acaso, hubo en la isla una familia mejicana que Hernan Cortés nos expidiera a poco de la conquista? Si tal fué ¿desaparecería el rastro o habrá en Menorca sangre de los subditos de Moctezuma tan diluida ya por el trascurso de los años que no conserva ni un átomo de la ferocidad con que nos describen los periódicos la vida de los hermanos de la tierra de Zapata y Huerta? Y así sentado sobre una peña, que es duro asiento, si el cuerpo descansa, re-

lativamente, la imaginación trabaja y trabaja con entusiasmo propio de desocupado... Oh! los mejicanos, ¿se ha tratado alguna vez en serio de la influencia de los mejicanos en Menorca? Lo buscaremos, lo buscaremos....

La imaginación se para en la denominación árabe. ¿Quién ha dicho que no queda nada de los árabes en esta comarca? Por que los nombres de los predios lo desmienten y comprueban que aun se evoca de algun modo la memoria de la raza del Islam y de su paso dominador por la isla. Oh! la eterna paradoja. Dícese que fué Santa Agueda el último reducto de su debil defensa (tan debil que no existió ni en simulacro) es decir, llámase con nombre cristiano al último baluarte de la religión mahometana y allá... a pocos hectómetros de nuestra vista, un predio ocupado por honrada familia que, seguramente, será católica, apostólica, romana se envanece ostentando el apelativo de un creyente musulmán. Contrastes de la vida...

Y estas y parecidas consideraciones nos distraen y matan nuestras horas de reposo. Es cierto que el panorama muestra poco, pero no podemos negar que habla al espíritu...

De cuando en cuando, este trozo de naturaleza donde la vida vegetal se observa constantemente a ras del suelo, dá tambien a la vista algunas muestras de vida animal; pacen las vacas y los bueyes; los caballos pisan los haces en las eras, los pájaros pian y se ponen a cándido firo de las manos del despiadado labrador... De cuando en cuando, algun vehículo pasa por el camino próximo y, aunque rara vez, se divisa alguna persona humana...

Cuando llega la noche, la Naturaleza duerme y nosotros también. Todavía no se han establecido en el campo el alumbrado público, ni los salones de espectáculos...; se ha de descansar. Lo malo es que entonces suelen entrar en actividad los mosquitos... Pero, quién hace caso de ellos? Al campo se vá a descansar y nada más... Y si los mosquitos se oponen, no se les hace caso y a dormir y a soñar con Moctezuma, la batalla de Otumba, y la noche triste de la conquista de Nueva

España o con Mahoma, Tarick, y los sultanes de Marruecos con toda su corte; cuando no se cree uno en conversación con una vaca o con el caballo de la trilla o con el tímido pajarillo que nos cuentan sus cuitas y nos hacen ver las delicias de su campestre vida. Nosotros que nos acostamos recordando aquello de

¡Que descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde...

nos creemos en el lugar de «los pocos sabios que en el mundo han sido» y dormimos orgullosa y plácidamente.

III

El problema del horario (*)

Lo primero que preocupa al que pasa unos días en el campo es el horario. Es este un problema poco fácil, pues para resolverlo se han de mirar sus varios aspectos.

Es vulgar adágio el que nos dice, «donde fueres, haz lo que vieres». Y es el caso, que el labrador no se cuida de otro reloj que el de sol, o no se guía por otro cronómetro que por el propio sol. Nosotros no podemos obligar al campesino a que corrija el reloj de sol. Ello sería una obra que jamás ha entrado en sus propósitos, y mucho menos podemos suponer que el honrado labriego tenga facultades para ajustar la marcha del astro-rey a las disposiciones del Gobierno. Es decir que el labrador sigue al sol. Examinada la cuestión bajo este aspecto, nosotros hemos de seguir al sol, lo mismo que los labradores con quienes convivimos.

(*) Debemos recordar a nuestros lectores que el año 1913, en que fueron escritas estas impresiones, rigió el horario oficial que adelantaba una hora al normal, desde el 6 de abril hasta el 6 de octubre.

Pero nuestra conciencia se muestra recelosa sobre la legalidad de semejante conducta. Nosotros somos hombres de ciudad, somos urbanos y hemos arreglado nuestros relojes con los de la población. Aunque ello parezca difícil, porque en Mahón son muchos los relojes y no hay dos que marquen a la vez la misma hora, nuestro reloj sigue la marcha de los de Mahón y estos relojes no siguen al sol, si no a las disposiciones gubernamentales. Nosotros sentimos espíritu de obediencia y no podemos evitar que si el Gobierno dice que a las doce son las trece, nosotros a pesar de lo que digan los labriegos, con el apoyo del sol, sigamos en nuestras trece. Bajo este aspecto, no cabe duda que la hora oficial es la hora nuestra.

Pero los labradores dicen, o piensan si no lo dicen, que no es propio de gente ruda, de obrar rectilinio, de normas sencillas y en corto número, tener que amoldarse a la flexibilidad oficial de los horarios. El reloj de sol, está fijo en una pared, la mayoría de estos relojes los pusieron donde se hallan lejanos antepasados de los actuales propietarios y cuando tantos años han prestado buen servicio no es cosa de enmendarlos, así de repente. Ellos piensan que los horarios oficiales no están dotados de la fijeza que requieren los relojes de sol. Hace diecinueve años se estableció el reloj de las veinticuatro horas... pues bien, se ha aplicado la reforma a algun reloj de sol? No;... y a muchos que no son de sol, la mayoría inmensa seguramente, tampoco. Ahora se quiere adelantar los relojes una hora. Aparte de lo difícil que es adelantar un reloj de sol, sin registro y sin saetas, resulta que llega el invierno... y arrepentidos de la prueba volvemos a atrasar el reloj... y como si no hubiera pasado nada. No, no, esto es un trasunto de la versatilidad de las cosas humanas y ni el sol es versátil ni los labriegos que son sus subditos pueden serlo tampoco. El sol además está por encima de todo y se rie del Gobierno y sigue impávido su camino; no tiene más rebeldías posibles que las de una nube, pero la nube se disipa y el sol continúa... es permanente. Nadie podrá hacer que cuando el sol se halle

en el zenit, sea para nosotros la hora de mas calor y que cuando el sol se oculte sean para nosotros las horas de menos calor. En cambio, en la hora oficial, ved lo que pasa; era la de las siete la hora del trabajo, pues se traslada a las ocho; era la de las cinco la hora del paseo, se cambia por la de las seis; era la de las nueve la hora de los espectáculos, pues se establece la de las diez... lo que la disposición oficial hace, la versatilidad humana lo desluce... Esto será de urbano, pero no de labrador.

El turista respetuoso con la Ley y admirador de la Naturaleza se vé, pues, en grave conflicto. Sin embargo, nosotros encontramos una adecuada solución.

Para decidir esta partimos de tres principios evidentes, a saber; primero, el sol está material y moralmente por encima de todo; segundo, la Ley ha de cumplirse y tercero, nosotros vamos al campo a descansar. Con arreglo al primer principio mientras el sol preside a la Naturalesa, nosotros hemos de rendirle acatamiento; ahora bien, cuando el sol no puede estar a la vista, su ley no es ley para nosotros y hemos de cumplir el horario oficial; ademas, cuando el sol parece descansar es muy justo que descansemos nosotros.

Haremos pues lo siguiente, durante el día nos regiremos por el sol y durante la noche por el horario oficial y automáticamente descansaremos una hora más que si siguiéramos una sola regla. Queremos dormir doce horas, por ejemplo; pues nos acostaremos a las diez de la noche, hora oficial que es la de las nueve, y nos levantaremos a las diez de la mañana, hora solar. Y en realidad, dormiremos trece horas. Que es lo que se trataba de demostrar.

He aqui como se realiza el ideal del descanso cuando se está en el campo. Es cuestión de acomodarse a los dos relojes de un modo eclectico; así se duerme una hora más y se cumplen las leyes astronómicas y las leyes civiles.

¡Que bien descansamos después de resolver tamaño conflicto!

IV

La gente del campo

Nosotros sentimos cierta simpatía por las gentes del campo. Gentes de honrados sentimientos y de infatigable actividad no son los siervos de la gleba de antaño, pero se constituyen voluntariamente en siervos del terruño. Preguntareis a los más si preferirían otra ocupación y os dirán que no... Así pasa en esta comarca.

Y eso, que ha de observarse despacio la vida del campesino. A trabajo no le gana nadie; el régimen de las ocho horas, de la semana inglesa, etc, etc, no le conocen; dejan el lecho cuando el sol asoma y se refugian bajo techado cuando el sol se oculta; muchas, pocas horas, emplean en su trabajo siempre más que las del trabajo en la urbe; los labriegos no conocen más descanso que el descanso de la Naturaleza. Nacen en el campo, crecen en el campo, se casan en el campo y allí en el mismo campo que fué testigo de su luna de miel, generalmente simultaneada con las arduas tareas del cultivo de las tierras, es donde van naciendo los hijos con prolífica y constante regularidad. Estos hijos, apenas pueden sostenerse sin apoyo alguno ya tiran de una cuerda arrollada al cuello de un pollino o azuzan a las vacas o trasladan haces de trigo o transmiten los encargos de sus padres. Y desde que nacen emprenden la carrera campesina; labrantines, primero, trabajadores a jornal, más tarde, asientan su actividad ideal en el escalon grande del aparcerero o del arrendatario; algunos, lo traspasan y llegan a propietarios, pero ningún grado de la gerarquía les hace variar de carácter y condición. Son sencillos y en su mayor número, simplistas; conocen lo bastante para su oficio que es lo necesario para vivir y aun ello constituye una pequeña enciclopedia; la astronomía, es su primera ciencia; la medicina, para urgencias que privan de auxilio facultativo a los forzados de aislamiento; la química que inter-

viene en los abonos y aun en ciertos menesteres de su vida; la arquitectura, que practican en obras de escasa monta; las artes industriales aplicadas a la elaboración de productos agrícolas, a la cria de animales domésticos... Son los labradores del campo, unos pequeños sábios, sin libros y sin escuelas, pero con un gran maestro, el de la experiencia.

No vamos a teorizar, ni siquiera a bucear en los fondos de esta clase social que tal importancia tiene y que habiendo sido la más ensalzada por la humanidad antigua y por los corifeos de la generalidad de las primeras escuelas económicas es quizás la que menos disfruta de los beneficios de la previsora legislación de nuestros días, tan atenta al presente y al porvenir del obrero. Las ideas se propagan, sin embargo; como los antiguos en el *agora*, los labradores de hoy acuden al mercado los días de fiesta, se reúnen, cambian impresiones y en pocos minutos llega hasta ellos lo imprescindible, lo estrictamente necesario, lo que puede ser nuncio de paz o mecha que un día arda. Solo así nos explicamos, que esta gente tan sencilla y pacífica que nos rodea, que charla con nosotros, que ríe nuestras chanzonetas y que cuenta sus andanzas domingueras con pueril alegría, pueda alguna vez manifestarse en la forma violenta empleada en los campos andaluces... Claro está que cuando algo así ocurre, el ambiente es propicio a que así suceda; la carestía, el hambre, la ausencia de algunos sentimientos y plétora de otros en algunas clases, el abandono de la propiedad sin propio beneficio y sin beneficio del desvalido, son, entre otras, causas que tal vez aisladas tendrían poca fuerza pero unidas producen efectos parecidos a los del carbon, el salitre y el azufre mezclados en adecuada proporción.

Pero, no teorizamos y sigamos observando a estos hombres que vienen de lejos a ganar el sustento de su prole; hay quien diariamente recorre la distancia entre su propio hogar y el predio en que trabaja; hay quien durante una semana no ve a su familia... ¡Feliz el labriego menorquín que halla trabajo

en los estrechos límites de su roca natal! Feliz si se compara con el labriego peninsular que en doloroso exodo ha de ir a buscar un puñado de pesetas en país extraño, entre gentes desconocidas y oyendo una lengua que no entiende... Por esto, por evitarse, esas renunciaciones temporales del propio hogar, ese apartamiento de los suyos, es por lo que tal vez aparece risueño y contento el labriego menorquín...

Durante los días que permaneci entre ellos, no vi en sus manos en las horas que precedieron a la cena y después, en las que precedieron al sueño, ni un periódico, ni un libro... me pareció que no estaban entre ellos los sucesores de *Persiles*, ni de *Eliodoro*, ni los admiradores de *Gabriel y Galan*, y de *Vicente Medina*. Yo pensé al observar esta ausencia de inclinaciones intelectuales, que estos hombres son factores del régimen representativo, que tienen un voto, que han de contribuir, aunque sea en dosis minúscula, a la marcha de la Nación... No me he explicado bien, después de mis observaciones, si aquella enciclopedia de que antes hablamos y en que el sentido de los conocimientos era de puro materialismo, podría bastar a resolverles el problema del régimen representativo en que directamente intervienen... Hemos pensado más, hemos pensado si les importará algo la intervención y si después de lo visto, no hallarían mejor que se les librara de esa atribución, tal vez, puramente mecánica.

En el interior de las casas se nota una limpieza extraordinaria; es posible que con el tiempo conduzca esta limpieza a descubrimientos importantes sobre los pueblos primitivos que habitaron en Menorca; la limpieza es tradicional, el espíritu que la sostiene lo hereda una de otra generación... remontándonos a los tiempos prehistóricos, tal vez el culto del sol, padre de la luz que muestra las imperfecciones o el del viento, eterno limpiador de valles, arroyos, montes y llanuras menorquinas, queden perfectamente demostrados como propios del paganismo hoy indocumentado e imposible de evidenciar.

En las paredes del comedor y aun de las otras habitaciones, los hombres del campo no se conforman con que se ostente una lisa blancura. Esta se interrumpe con unos cuadros de negro marco que contienen un encasillado aparente y en cada casilla una representación gráfica de los episodios de la Guerra ruso-japonesa; o de la Guerra de 1914 a 1918, o de alguna Exposición Universal, o de algún hecho, aunque reciente, ya de valor histórico... Quizás esté en pugna este exorno de las habitaciones con aquella ausencia de intelectualismo de que antes hablamos. Hemos querido compaginar nuestra afirmación con este hecho y hemos creído hallar la razón de la aparente anomalía. El labriego es, por naturaleza, guardador de las cosas, no gusta de deshacerse de ellas. Es además, económico. Adornar las paredes sería cosa tal vez costosa, tal vez trabajosa si había de requerir una meditación reñida con la natural preocupación de las labores campestres... Y aquellos cuadritos, pueden muy bien llenar el propósito y la necesidad. Además, evitan el gasto; son regalos... regalos que vienen bajo la cubierta de los paquetes de media libra de chocolate...

Todo acredita la sencillez decantada de estos hombres a los que a veces esa sencillez conduce a extremos sobradamente primitivos... El exterminio de los gorriones, por ejemplo, y el exterminio en condiciones que repugna nombrarlas, es hecho sencillo, pero de sencillez que horripila. Matar pájaros, corresponder a la alegría de estos pequeños seres con un rasgo de crueldad, indica que la sencillez está en su grado primitivo, en el grado primitivo que no permite allanar las dificultades cuando el hacerlo implica un serio trabajo. Por que así ocurra, tal vez no podamos hacer cargos los que presenciábamos impávidos otros sacrificios de seres útiles a la humanidad, en ocasiones de regocijo, ciertamente, pero en fin, de que así ocurra como de que puedan ocurrir otras cosas aquí apuntadas, no son los labriegos precisamente los únicos culpables. Todos hemos de ponernos en el plan de lograr con la

educación bien administrada y con extricto espíritu de justicia que la vida sea fácil y agradable para todos, pues en ello tenemos contraída una innata obligación.

V

San Juan dels Horts

Hay en la historia del mundo fenómenos análogos a los que ofrece la historia de los hombres. El recuerdo, el honor, el homenaje van vinculados en aquellos que alcanzaron grandes posiciones o realizaron sobresalientes hechos. Los humildes, los que por labor de conjunto, por obra de masa coadyuvaron a los grandes triunfos de la Humanidad, tuvieron en el honor una pequeñísima participación, tan minúscula que no pesó individualmente en las adjudicaciones de esta gloria artificiosa y convencional que hemos inventado los hombres para expresar el reconocimiento de la positiva gloria que envuelve la satisfacción de deberes cumplidos, de servicios realizados, de adelantos ofrendados a una Patria, a una Ciencia, a un Arte o a una idea. Los héroes grandes, los que pusieron a contribución el génio, suelen perpetuar su nombre a través de todas las generaciones; la masa auxiliar o dirigida, como masa glorificada, no alcanza el homenaje individual y el recuerdo de los que la formaron queda encerrado en el dolor de una familia o en la piedad de unos amigos, dolor y piedad que rara vez alcanzan a la generación siguiente...

Hablamos del general Concha, hablamos de Nelson, hablamos del Condestable de Borbón, pero no hablamos del soldado que murió en las líneas del Norte, sino de los soldados..., de esos *héroes anónimos*, glorificados con una sola frase por Ros de Olano, el general poeta...

Hablamos del Dr. Pasteur, hablamos de Koch, hablamos de Roux, su genio se puso al servicio de la humanidad, la humanidad no los olvidará jamás... pero, recuerda nadie a los auxiliares que tuvieron, a los modestos ayudantes que se pu-

sieron a su servicio, a los servidores que obedeciendo sus órdenes realizaron humildes menesteres precisos para que las elucubraciones del sabio tuvieran desarrollo y sus hipótesis alcanzaran un resultado de bienhechora realidad?

Hablamos de Eiffel, hablamos de Maristany, hablamos de los que idearon y dirigieron portentosas obras de ingeniería y arquitectura; remontándonos a la antigüedad, hablamos de Cheops, de Chefren, de Mezzerrino, los faraones que ordenaron la erección de las pirámides egipcias, pero, ¿quien sabe los nombres de los obreros que las construyeron, de los que trasportaron los elementos al sitio de la obra, de los que labraron las primeras piedras o dieron forma a los hierros, o fabricaron la pólvora de los barrenos, o pusieron, en fin un átomo de trabajo y a veces de ciencia, en la preparación y edificación del monumento genial?

Esta es ley de humanidad, más aun, es ley de vida; es la manifestación de la lucha que sostiene la vida, de esa lucha en la que todos toman parte y unos vencen y otros no vencen y unos llegan y otros se quedan en el camino y unos acarician la gloria y otros la ven de lejos como algo inaccesible que se ofrece a su admiración...

Y siendo ley de vida, así ha de ocurrir en todos los órdenes y en todas las manifestaciones de esta.

* * *

Sugeríame las precedentes consideraciones, la visita que realicé ha pocos meses al pueblo casi extinguido de S. Juan de Carbonell o d' els Horts. Casi extinguido digo y no abandonado, porque si una mano piadosa no lo remedia, en la modesta aldehuela no quedarán dentro de algunos años ni hombres, ni casas, ni piedras.

A los dos siglos y medio de existencia S. Juan de Carbonell muere y muere sin dejar huella en la Historia; muere sin pena ni gloria; si en la Geografía ocupó un lugar que hoy le niegan hasta los diccionarios, hoy como héroe anónimo de la

vida de las generaciones, queda olvidado, queda al margen de la corriente que lleva al mar de la eternidad las grandezas y las podredumbres de la Historia. Esta se apoderó de Numancia para exaltar el heroísmo de la ciudadanía, quedó entre sus páginas la grandiosidad de la famosa Itálica, avaloró sus recuerdos con el arte y el florecimiento de la enterrada Ampurias... execró a Sodoma y Gomorra, pero no habló de S. Juan d' els Horts. Y sin embargo, fué y aun es... porque hoy S. Juan aun habla al espíritu y si sus ruinas no son grandiosas, son expresivas, tienen alma y convidan a la meditación.

* * *

Nos lleva a S. Juan, una estrecha vía pintoresca por los terrenos que cruza y poética por los accidentes suaves que ofrece, porque estos accidentes dan a la marcha el ritmo que rompe la uniformidad. Arranca el camino de las faldas del Toro y directo busca unos espesos encinares cuya sombra es al cuerpo tan grata como lo sombrío del paraje es apacible al espíritu; a la salida continuase la marcha por una cañada, que tal parece, y es valle porque los pinos lo pueblan y es cauce porque en el centro una corriente de agua, de mansa agua, ofrece halitos de vivificante frescura; en línea recta se avanza, al frente no se vé otra cosa que el cierre del valle, a la espalda se deja la mole del monte Toro, que a la vista, si a mirarlo nos decidimos, aparece como castillo roquero de época medioeval y ofrece con el conjunto de las alturas que le rinden pleitesía y con las blandas tierras que dan fondo al valle y límite al cuadro, soberbia perspectiva como un paisaje de Teniers...

El agua susurra y los pájaros pian y en la soledad del camino, dá el valle la sensación de algo grande, desde luego, de algo por natural, hermoso... y cuando la corriente llega al recodo y entra en la jurisdicción del pueblo agonizante, como índice que lo señala y como lema que lo rotula, el Camposanto queda a la vista del caminante... La muerte, es el introductor; la muerte recibe al que visita a S. Juan de Carbonell; la

muerte que hizo presa en el pueblo es la dueña y señora del mismo; sin permiso de ella, nadie puede llegar al núcleo edificado... La muerte nos saluda y nos dice que allí ha de sentirse el espíritu infiltrado por la piedad antes de juzgar lo que los sentidos vean...

Pero... a los pies del humilde recinto funerario, el arroyuelo borbotea y los pájaros siguen piando y las huertas pobladas de frutales ofrecen a la vista la exuberancia de sus productos espléndidos, y los aromas campestres llegan hasta el asombrado caminante y alegrarían la vida y le harían gozar y proclamar su encanto... si coronando el sutil paisaje la muerte no le ofreciera su estrecho abrazo. Y allí, donde la vida se ofrece animosa, alegre para los seres de la Creación, allí el hombre... no puede vivir, allí el hombre pone como índice de su misión social, un cementerio.

Allí está San Juan de Carbonell, es decir allí están unas casas que un día formaron el pueblo de San Juan de Carbonell y en medio de ellas, hay una Iglesia, un templo que debió ser ermitorio y un día pasó a ser Parroquia por disposición del Obispo Juano, de aquel Obispo tan discutido a quien parte de Menorca profesó tan poco afecto, de aquel Obispo cuya gestión tan acremente juzgada ha sido por algunos historiadores... Ved el contraste, aquel Obispo benefició al pueblo que un agoniza, su memoria pierde los que tal vez fueran valedores que cuidaran, por gratitud, de restablecer el buen concepto de su labor episcopal... (*)

Frente a la Iglesia unas ruinas que hacen adivinar que hubo casas y hubo calles, pero casas y calles modestísimas, en las que el arqueólogo no encontraría un solo dato que añadir a los que su ciencia atesora; porque el pueblo de que se trata fué un pueblo que no llegó a la mayor edad...

El arqueólogo no encontraría nada; el poeta o el filósofo

(*) Una lápida circular colocada al lado izquierdo del presbiterio ostenta las armas del Obispo Juano y dice en orla «1807—SE HIZO ESTA IGLESIA DE EL ILMO SR D^{NO} PEDRO ANTO^O JUANO, OBISPO DE MENCA».

verían mucho, imaginarían más, soñaría el primero y razonaría el segundo y entre los dos reconstituirían la vida de aquel pueblo sin que la Historia pudiera decirles quienes fueron los hombres que la habitaron, quienes los hijos que fuera de él alcanzaron preeminentes posiciones, quienes los que laboraron por su grandeza, y quienes los que procuraron su ruina... Su ruina; lo primero que se pregunta y que pregunta el visitante es eso; por que el pueblo está en ruinas, sin que una causa natural, terremoto, ciclón, rayos, inundaciones y análogas violencias naturales hayan contribuido a la obra destructora; ¿como allí que la vida sonríe, no es posible la vida?

Se oye hablar de unas aguas pantanosas en las cercanías; aguas que no impiden que haya casas de campo en aquella zona. Cuando hay charcos se rellenan; cuando hay pantanos cuya insalubridad amenaza a un pueblo, se desecan... Por razón tal, la suerte de S. Juan de Carbonell la hubieran seguido muchísimos pueblos, que hoy, sin embargo, viven y muchos viven florecientes y rebosando salud.

Se dice, también, que la vida que allí se muestra en todo su esplendor, es para los vecinos del poblado algo así como el suplicio de Tántalo; se dice así, yo no respondo de lo que se dice, lo recojo porque es una explicación. Los vecinos del poblado para vivir han de trabajar lejos del poblado, en otros pueblos, porque las tierras del poblado son de propiedad ajena y en las labores de aquellas tierras los aldeanos no tienen intervención.

Dígase lo que se quiera, S. Juan de Carbonell muere. Yo no sé si es necesario que en aquel punto donde S. Juan se encuentra haya un núcleo de población, lo que si sé es que apenas el pensar que habiendo existido y teniendo la Naturaleza en su apoyo, haya de desaparecer. Y si la Naturaleza no es la culpable, han de serlo los hombres.

Los hombres, pues, tienen la responsabilidad de que S. Juan d' els Horts haya quedado *al margen de la Historia*.

VI

Hablemos de arte

Tiene en si la Naturaleza un arte especial, no ya inimitable sino objeto de imitación, en la armónica gradación de sus accidentes, en las caprichosas líneas de los contornos, en la gallardía de sus detalles salientes. De imitación hemos dicho que es digno este arte natural, que no debe su origen al hombre y hemos de añadir que es digno de admiración. Y en esta isla apesar de su pequeñez, los aspectos del arte natural son variados y continuos. ¿En que humano espectáculo se vé un tan gracioso y fácil conjunto como el ofrecido por esa mole del Toro, rodeada de pequeñas alturas que marcan los vértices de las ondulaciones del terreno rindiendo a la montaña que preside una pleitesía que es en la forma ademán y colocación a la vez? Donde la paleta del artista ha tenido colores más determinados y más vistosos que en el verde de los pinares, el gris de las tierras y el azul del cielo con todos sus matices reveladores de la densidad del ambiente o de la obra difuminadora de los rayos solares? Donde el capricho de una imaginación fecunda y original ha podido inventar la línea difícil y atrevida de la costa N. de Menorca, cuyos entrantes parecen caricias del mar y sus salientes son el inicio de caminos que la Naturaleza señala para indicarnos que hay algo más allá, al otro lado, donde la vista no alcanza?...

Pues bien, en medio de esta exhuberancia de arte, el hombre ha puesto también alguna muestra del suyo. Allá, en la cúspide del Toro hay algo que es obra de arte. Nosotros somos unos sencillos aficionados y vamos a ver lo que nos dice aquella obra humana sin recurrir a ningun antecedente, sin leer ningun libro. Nosotros estamos descansando y no estudiamos, vamos a que las cosas hablen a nuestro espíritu...

Hay en las edificaciones de la cúspide del Toro, algo que es general en Menorca. El blanqueo. El blanqueo es el enja-

bonado que precede al afeitado, aplicado a las obras de la isla. Oculta la edad. Cuando llegamos a esta isla, calles enteras nos parecían recién abiertas y, sin embargo, llevaban muchísimos años de existencia. Pues bien, en el Toro ocurre algo parecido. El exterior no nos diría gran cosa si no apareciera en ruinas alguno de los cuerpos del edificio. Pero lo que nos interesa es el interior, ya que la forma externa, revela en aquellos ruinas y en un torreón adosado, su antigüedad, si quiera el más ligero exámen demuestre que torreón y edificio son de distintas fechas, y el segundo nos descubra unos góticos ventanales en su parte más castigada por el tiempo y el abandono.

Entramos en el interior de la capilla. Vamos a averiguar, si es posible, su antigüedad. Que nos dicen las paredes y las bóvedas del modesto edificio? El enjabonado está allí en toda su esplendor; no hay cosa que oculte más un rostro que un enjabonado; un disfraz, una pintura, unos rasguños desfigurados, pero no ocultan tan radicalmente que no permitan identificar, por los detalles que al descubierto quedan, la persona de que se trata. Pero el enjabonado lo oculta casi todo y cuando un edificio lo sufre apenas si hay forma de conocer ni el estilo, ni la antigüedad ni el estado de conservación. Y, ya que las paredes en sí poco nos dicen, veamos antes si hay en ellas algo adosado que nos permita descubrir la antigüedad que buscamos y examinemos igualmente lo que hay fuera de las paredes.

Cuatro sepulturas, o cuatro lápidas funerarias se presentan a la vista; igualmente se nos ofrece la gruta con reja que recuerda a los fieles el descubrimiento de la imagen titular del ermitorio; los altares, también, pueden proporcionarnos datos preciosos y la imagen titular que antes hemos citado tal vez sea, un elemento de investigación.

Las sepulturas decimos que son cuatro: en una colocada en el pavimento de una capilla lateral se lee sencillamente que es la de los religiosos, su forma rectangular y los tipos de sus caracteres demuestran que es moderna y como religiosos ha

habido en Menorca hasta el siglo XIX, la losa sepulcral ha podido ser colocada en esa fecha. Otras dos lápidas con barrantos de arte flanquean la puerta de entrada en el interior del templo. Una por la inscripción que lleva cierra el depósito de los restos de un señor Gobernador de Fornells, y aunque la citada inscripción está provista de todo detalle, la humedad que hace estragos en la piedra menorquina y la cal blanqueadora que tapa pero no restaura, nos han impedido leer la fecha del fúnebre acaecimiento que trata de perpetuar. Nos parece que fué en el siglo XVIII, porque creémos adivinar un *uno* y un *siete* como primeras cifras del año, pero nada más... La otra lápida flanqueadora es del siglo XIX y lleva el nombre de un vigía del Toro, que seguramente murió en el tiempo que ejercía las funciones de tal.

Más expresiva y más concisa, a la vez, es la inscripción que lleva la lápida de la cuarta sepultura. Y es también más útil para nuestro objeto de *dilettanti* artístico. Ni puede decir menos ni puede expresar más. He aquí lo que se lee; «*Frances Salord de la Albauda y los seus, trasladats a 3-7bre - 1670*». Estas cortas líneas grabadas en una lápida, que difícilmente se leen aun, en la pared lateral de una capilla, la más próxima al presbiterio, del frente izquierdo del templo, dejarán de leerse dentro de algunos años si el mal no se remedia. Pasad la uña del dedo meñique por encima de la lápida y la veréis deshacerse con una facilidad pasmosa; no paséis la uña y veréis que se va, en cierto modo, diluyendo en eflorescencias que acusan una intensa higroscopicidad. Lo que voy a decir ahora, no hubiera podido decirlo si me espero algunos años y sigue su lenta pero segura marcha el proceso demoleedor de la humedad. En todo caso una capa de cal hubiera disimulado el sensible efecto, pero hubiera borrado algun detalle y en esta lápida todos los detalles son útiles al investigador y mucho más cuando éste es un simple aficionado. Pero volvamos a la inscripción.

Segun ésta los restos de Frances Salord de la Albauda y

de los suyos fueron depositados en la capilla del Monte Toro el 3 de septiembre de 1670. De modo que la capilla es anterior a esta fecha, pero no muy anterior. Chocará esto a los que opinan que la capilla es casi, casi uno de los primeros actos consecutivos a la conquista cristiana de la Isla, pero no hay motivo suficiente de extrañeza. Pudo existir capilla desde el siglo XIII o XIV y ser restaurada o renovada en el siglo XVI al que nosotros por esa sencilla inscripción señalamos como fecha de construcción del actual ermitorio. En efecto, nosotros no podemos admitir que tanto el señor de la Albaua, como los suyos, fallecieran simultáneamente en septiembre de 1670; nosotros creemos que morirían en distintas fechas y que, pues, fueron trasladados sus cuerpos a la ermita del Toro, debieron serlo cuando dicha ermita estaba en disposición de recibir sus cuerpos, esto es al terminar su última restauración.

Están conformes con esta idea los otros detalles del interior del sagrado lugar. De la cueva con reja no podemos deducir otra cosa sino que marcó el punto obligado de erección del templo y la reja no es de valor artístico que nos revele fecha de construcción. En cuanto a la imagen presidencial por su color, por su forma y por su tamaño, puede parecer anterior, sin duda, a la invasión árabe y toda la poesía de su culto estriba precisamente en los siglos que debió permanecer oculta en la cueva que antes hemos citado, pero lo mismo podría ser obra posterior y más reciente si a los detalles externos hemos de atenernos, y por esta misma razón no puede ella ser indicio que nos lleve a fijar la época aproximada de la edificación religiosa. Pero, tal vez, lo que esta y su secular albergue subterráneo no nos puedan decir, nos lo indiquen los altares de las distintas capillas. Una inspección sencilla de aficionado nos indica que hay que separar el altar presidencial de los restantes. Parece a primera vista que aquel es el más antiguo y por lo tanto que en él hemos de buscar la comprobación o de él ha de arrancar la razón que rechace nuestro aserto. Para hacer tal afirmación basta observar los estilos y

aun los detalles de los altares laterales y en su corriente forma se adivina que han ido construyéndose en distintas fechas que cada vez van siendo más próximas a la actual, lo que no deja de ser lógico pues es natural que la primera atención del templo fuera la de erigir el altar mayor y colocar los laterales sucesivamente desde los más cercanos al presbiterio a los que se hallan junto a la puerta de acceso. Aun en las capillas correspondientes a estos dos últimos, puede decirse que solo campea el altar de la izquierda que casi es de nuestros días. En la capilla de la derecha hay un estante que se habilita como altar, sin que se note la menor traza de pensamiento arquitectónico. Es una capilla que está esperando rellenarse a expensas de la devoción de los fieles; un legado o unas limosnas podrían con el tiempo sustituir la instalación provisional de hoy.

Volvamos al altar mayor. Basta examinar el remate con sus angelitos, las hornacinas laterales, las columnas de forma salomónica, las cupulitas de aquellas hornacinas a forma de urnas cuyo cuerpo anular está formado por pilaretes y otros mil detalles de recargada ornamentación para comprender que estamos en aquella manifestación del estilo barroco que correspondió a la iniciación del arquitectónico churrigueresco, posterior al plateresco y justo es consignar que bien encaja ese estilo en la segunda mitad del siglo XVII, fecha apuntada en la lápida sepulcral de Frances Salord de la Albauda y sus deudos. Y si ahora queremos afirmar más y más esta idea a que un ligero examen de detalles nos ha conducido veamos que si el blanqueado del templo nos deja apreciar algo, es precisamente el trazado, son las líneas generales de la edificación y estas corresponden sin duda alguna a aquella desmayada arquitectura que en el siglo XVII, llenó a España de ermitorios e Iglesias que nada hablarían al espíritu si no las animara la grandiosidad del culto católico. Es pues evidente, si otros datos no indican lo contrario, que se trata de una obra de la 2.^a mitad del siglo XVII.

Ya que del altar hemos hablado lamentemos que se vaya viniendo abajo a trozos; faltan pilaretes, se descascarillan los cuadros que ocupan las hornacinas laterales y la carcoma corroe sus maderas. Será lástima que se pierda este recuerdo histórico de una escuela que no tiene en Menorca muchos ejemplares. Tengo noticias de que este altar mayor será sustituido por otro nuevo, moderno, cuando sea posible. Porque no se intenta la restauración? Nosotros amamos lo viejo en general porque lo viejo nos alienta al cultode las pasadas generaciones y es de saludable enseñanza, pero en particular lo viejo en cuestiones religiosas habría demerernos respeto sagrado. En la Iglesia todo vive sobre labase de lo tradicional, sobre lo antiguo y no se da un paso que no tenga su razón en las palabras del Redentor, en las inmutables enseñanzas del Maestro; si esta norma que el hombre no puede alterar ha de subsistir, nosotros creemos que debiera sostenerse lo tradicional en el arte cristiano como sesostiene lo tradicional en materia dogmática.

A espaldas del altar mayor está restaurándose el camarín. En la pequeña iglesia, además, debieran restaurarse los cuadros antiguos de las hornacinas de dicho altar y el que representa la coronación de la Virgen y está colocado sobre la cueva que se cree ocultó a Ntra. Sra. del Toro durante la dominación sarracena. Y si nosotros pudiéramos, y no hubiera ninguna razón canónica que se opusiera, sobre el camarín daríamos preferencia para la restauración al altar mayor, y a dichos cuadros y no olvidaríamos que también la reclama la hermosa «Adoración de la Virgen por S. Luis, Rey de Francia» que pintado por Leuseuer ocupa un lugar en el coro de la Iglesia dedicada a dicho Santo en el pueblo que lleva su nombre y puestos a rendir tributo al arte religioso también pasaríamos revista a los retablos del camarín de Ntra. Sra. de Gracia y haríamos derribar el antiestético paredón que cierra nuestra Iglesia parroquial de Sta. María, en la Plaza de la

Todas estas reflexiones sobre arte hemos tenido el atrevimiento de formular durante la rápida visita que acabamos de hacer, una vez más, al ermitorio que corona el Monte Toro. Juzgad mi criterio con benevolencia si, como es natural, le encontrais ligero y perdonadme.

VII

Las "mesuradas"

Entre las solemnidades agrícolas del año quizás sean las dos principales, la de las *mesuradas* o medición de los granos y la de las *porquetjadas* o matanza del cerdo. Desde luego, por la época y por la limpieza, es mucho más simpática la primera y sirve de distracción cuando se trata de explayar el ánimo en el campo.

El trigo está en la era formando un montón cónico, que durante varios días es objeto de la preocupación del propietario, del aparcerero, de sus deudos y de los propietarios o aparceros colindantes. No parecen merecer los mismos honores los montones cercanos de cebada y avena o algún otro grano, tal vez por su menor precio, tal vez por la natural preferencia que merece para los hombres lo que va directamente encaminado a proporcionarle su sustento.

Decimos que la preocupación por el *munt* o montón dura desde que se ha formado hasta que se ha deshecho con motivo de su medición. Es inútil que en los días más próximos a ésta queráis hablar de otra cosa; es grande o es chico, más grande o más chico que el del año pasado y más grande o más chico que el montón del vecino. El procedimiento para saber si tales juicios son ciertos es muy sencillo, se hace la medición y en paz. Pero ocurre con esto lo mismo que con algunas cartas. Está muy generalizada la costumbre de recibir una carta y empezar a observarla exteriormente; por el tacto sabemos si está abultada o no, la pesamos, la olemos, nos fijamos en los signos de la escritura, tratamos de descifrar el

matasellos, le damos una vuelta para ver si está bien cerrada, miramos si el papel es fino, le damos otra vuelta y nos entretenemos en pensar de donde, de que amigo, de que pariente o de que desconocido provendrá aquel pliego cerrado, si será hombre o será mujer, si será persona de posición o de vulgares condiciones de vida y casi siempre, se nos ocurre preguntarnos que nos querrá el que nos escribe... Y después de un buen rato de entretenernos en estos alardes detectivescos, se nos ocurre una solución heroica. Abrimos la carta y nos enteramos de todo, absolutamente de todo... si las condiciones caligráficas del escrito le hacen inteligible.

Lo mismo ocurre con el montón de trigo. Primero, se trata de adivinar su volumen, se piensa si el del pasado año parecía más alto o más bajo, fiando a la memoria. Como este procedimiento no aporta bastante luz al objeto perseguido, se procura medir la altura del montón. Como este dato no basta tampoco, se cuentan los ladrillos que cubre la dimensión más larga de la base y la más corta. Más tarde u otro día se mide la circunferencia con los pies. Si los que lo realizan son varios enseguida se sabe si el monton tiene un pie más o menos de circunferencia que el del predio inmediato... y cuando ya se han agotado todos los procedimientos externos, por decirlo así, cuando ya se han dado al sobre todas las vueltas posibles, viene la resolución heroica... se mide el volumen del trigo con el patron adecuado.

La medición requiere algun preparativo consistente en reunir un suficiente número de hombres para formar turnos, que suelen constituirse con aparceros y labrantines (*amos y misatges*) de los predios contiguos. Generalmente los turnos son de tres hombres que, a la vez, introducen en la montañita de grano sus *barcellas* o barchillas, llevando compás, y las vacían a su retaguardia. Uno de ellos vá contando y cuando llega a diez vuelve a empezar; cuando ha terminado dos series le sustituye un compañero y cuando los tres han cumplido esta misión entra el segundo turno y así sucesivamente. La operación

sería digna de acompañarse con una musiquita sencilla, como el toque de *fulbiol*, por ejemplo, si no hubiese necesidad de llevar la cuenta; la voz del contador o cantador, supe a la música, aumentando la monotonía de la operación. No hay música, más para completar la ilusión, al bastoncito donde por medio de muescas se van marcando las decenas de tiples barchillas, que equivalen a cinco cuarteras, se le dá el nombre instrumental de *caramuixa*. Además los cantadores rivalizan en tonos de voz y en afectarla de modalidades variadas. Todo ello bajo un sol de justicia, dura el rato preciso y suele interrumpirse con algunos descansos. Durante estos intervalos, no curados de la manía de adivinar, se repiten las reflexiones hechas sobre el total, aplicándole al resto del monton no medido y si se acierta se siente una gran satisfacción, acrecentada cuando hay error y el error ha sido por carta de menos.

Al terminar el acto suele celebrarse con algunas libaciones, conque obsequian propietario y aparcero a los medidores y a los espectadores, ya para refrescar, ya para celebrar el resultado, libaciones que, sin duda, son una remota y humilde reminiscencia de las fiestas paganas en honor a la diosa Ceres. Y si hay mujeres entre los espectadores tal vez en el altar imaginario de los celebrantes figure la diosa Terpsicore.

Creeréis que ha terminado allí, el tema de las mediciones? De ningun modo; el tema que parecía localizado se extiende. No vais a parte alguna que no os pregunten. ¿Han medido Vds? ¿Cual es el resultado? ¿Es mayor o menor que el pasado año? Si es mucho mayor contestais satisfechos y en tono de relativa superioridad, que habéis hecho *retxa nova*, cosa verdaderamente rara. Si es menor buscáis compensaciones;... se paga más,... ha disminuido el trigo, pero ha aumentado la cebada... Si ni aun estas compensaciones halláis, buscáis un consuelo; este año ha sido malo en general; solo una casualidad hubiese podido remediar la escasez, se esperaba mucho menos, etc., etc.

Enseguida el interlocutor establece comparaciones: ¿Ha

visto V. el montón de Fulano? De fijo pasará de 200 cuarteras; él dice que no, pero es para no equivocarse en contra.

Podemos decir que este prurito de investigación de la producción ajena llega a límites extraordinarios. Para convencernos de que la cosecha de un terrateniente había de dar una cifra elevada, después de razonar con un empeño tan grande como desinteresado, se apeló al argumento más decisivo. Se nos puso ante el ocular de un anteojo de bastante aumento, ya dirigido hacia el montón de referencia, y se nos dijo: mire V. y convéñzase.

Y efectivamente. Me convencí... de que en aquellos momentos era inútil hablar sino era de en, con, por, sin, sobre las *mesuradas*. En cierto modo, era el afán explicable porque del buen resultado de éstas podía depender nuestro sustento en el siguiente año. Y aliviaba de los temores de una escasez, la consideración de una exhuberancia.

VIII

Mosaico final

Ya está decidido el regreso. Hemos descansado bastante, tanto hemos descansado que nos tememos haber de buscar nuevo reposo al llegar a casa.

Nos hemos despedido cariñosamente de los buenos payeses con quienes departimos algunos ratos y alguna de cuyas faenas presenciábamos. Les hemos prometido volver y nos han encargado que trasmitamos sus afectos a los deudos nuestros. Y mientras nos alejábamos en un carruaje particular, durante unos minutos han tenido fija la vista en el vehículo que nos conducía; a poco un altozano nos ha ocultado y hemos quedado fuera de la jurisdicción de su vista.

Siendo particular el carruaje, nos hemos acomodado bien los pocos expedicionarios, pero el camino que hemos seguido no estaba en correspondencia con el vehículo y todo no ha

sido satisfacción ni aun tranquilidad, especialmente cuando al pasar sobre *rocas a desnivel*, *escoraba* el carruaje, ni más ni menos que un bote de vela sobre las aguas movidas del puerto, con la diferencia de que los retornos a la normalidad o equilibrio eran bruscos y la suavidad nos resultaba totalmente desconocida.

Nosotros recordábamos muchos *ex-votos* puestos en capillas de alguna imagen a quien se había pedido auxilio en trances de peligro. En aquellos *ex-votos* casi siempre tan llenos de buena voluntad como privados de arte; ⁽¹⁾ se veían tartanas volcadas, carros en que una de las ruedas pasaba por encima de un hombre, coches arrastrados por caballerías desbocadas, accidentes en fin del orden a que habría de pertenecer el que nosotros temíamos poder sufrir; las mujeres, de cuando en cuando, invocaban la divina protección y nosotros imaginábamos que la *ilusión de la desgracia* (!!) o del *ex-voto*, sería completa suponiendo proyectada en el cielo una imagen entre nubes artística y simétricamente dispuestas a sus lados y a sus pies.

Recordábamos también que en alguna ocasión habíamos viajado en *camión automóvil*. El recuerdo, no era muy grato a nuestros doloridos huesos que habían sido víctimas de aquellas excursiones en camión. Las piedras, los baches, las curvas, todo trascendía a la posición que ocupábamos y que era *instable*, tanto que unas veces estábamos sentados en el asiento y otras en el fondo del carruaje. ¡Cuántas veces invocábamos la piedad del chauffer para que arreglase la velocidad a las condiciones del móvil! ¡Cuántas veces aguzábamos el ingenio buscando un expediente que aliviara nuestra situación! Cuando no colgábamos unas cuerdas del imperial y nos agarrábamos para cargar nuestro peso sobre ellas al iniciarse uno de los mortificantes saltos, adoptábamos la resolución de tener

(1) Y de gramática. Sirva de ejemplo un cuadro donde aparece la siguiente inscripción «... (Omitimos el nombre del devoto)... se libró de la cinta por intercepción de la Virgen.» Se halla expuesto en la ermita de Ntra. Sra. de Gracia y es lamentable que no basten los sentimientos piadosos a impedir que provoque la hilaridad del lector.

las manos en el armazón del mismo imperial para conseguir un parecido resultado. Si la costumbre que es el mayor sedante de las excitaciones nerviosas, nos permitía sobrellevar aquellas molestias, aguzábamos nuevamente el ingenio para resolver el problema de viajar en camión y que el viaje resultara de relativa comodidad. La solución que encontramos más adecuada, era muy sencilla. Los bancos para los pasajeros no han de tener respaldo, han de estar tendidos en dirección de la marcha y en el lugar de cada asiento ha de haber puesta una silla de montar con sus correspondientes estribos y un aparato al que se ligen unas riendas. Los pasajeros así montan a caballo sobre los bancos y en el momento de arrancar el camión, inician un frote a la inglesa que sostienen durante toda la marcha. Por muchos que sean los saltos que dé el carruaje no serán tantos como los que demos nosotros ni alterarán el ritmo de nuestros movimientos. Es un sistema que cuando esté debidamente probado, deberá galardonarse con patente de invención.

Pero volvamos a nuestro regreso. Hemos llegado a Alayor y en Alayor se hallan en plena fiesta grande. En Alayor hacemos una larga detención para presenciar la fiesta y despedimos el carruaje, dispuestos a continuar en uno de servicio público.

En las fiestas de Alayor nos convencemos de que los Santos Patronos tienen una labor muy ardua que realizar. La de evitar desgracias. Porque solo confiando en que estarán atentos y dispuestos a realizar milagros los Santos Patronos, puede autorizarse la expansión de los ginetes que toman parte en la cabalgata. Porque no hablamos ya del maltrato que reciben los caballos sometidos a un ejercicio molestísimo y antinatural, sino de las carreras desenfrenadas que en una plaza pequeña emprenden, al son de la música, para arremeter a una multitud que se aparta y abre el intervalo matemáticamente preciso para el paso del grupo ecuestre. A veces se cae el jinete o se cae el espectador y casi nunca pasa nada. Yo digo que debe ser **porque hay Providencia, pues otra razón no se adivina.**

Cuando esta alegre diversión que llaman *jaleo*, ha terminado, vienen los apuros.... Los apuros para regresar Los coches están dispuestos a la salida de la población, pero tardan en llenarse y así nuestra espera puede ser de dos horas; el público que asiste a la fiesta no quiere perder las iluminaciones ni los conciertos musicales, cosas todas que por lo visto se ven poco en Mahón, y espera a que todo termine para regresar. Ha de apurarse la colilla de la alegría como los fumadores apuran la colilla del cigarro.

Para que el coche salga cuanto antes, los impacientes prometemos pagar los asientos vacantes y el coche emprende la marcha.

Nosotros nos llevamos de Alayor una buena impresión. Esta impresión en cuanto a las fiestas se reduce a la animación que allí hemos observado y nada más. Pero en otro orden de ideas, nos admira ver las reformas urbanas llevadas a cabo en poco tiempo y consideramos que debe estar orgulloso un pueblo que en cuatro calles muy próximas ostenta los nombres del Doctor Guardia, del Obispo Goñalons, del Paborde Martí y del valiente Barsola. Claro está que son más los hijos ilustres del simpático pueblo, pero esos cuatro nombres puestos en losetas de sendas calles, demuestran que Alayor sabe honrarlos y perpetuar su memoria.

Llegamos a Mahón a media noche. Terminó el descanso campesino. Es la hora de que comience el descanso urbano. Nos vamos a dormir y... hasta otra.

José Cotrina

Mahón 19 Agosto 1919.

